



S. ISIDORO, ARZ. DE SEVILLA.

hacerlo todo, regularmente nada hace. Si lees la vida de algun santo; admira sus virtudes, sus piadosas industrias, sus penitencias; pero de todas aquellas maravillosas acciones entresaca dos ó tres hechos que sirvan á tu imitacion. Aqui el generoso perdon de una injuria; allá el ejercicio continuo de paciencia; en este una paz inalterable; en aquel ciertos actos de mortificacion usuales y ordinarios, ciertas devociones particulares y fáciles; y desde este mismo dia aplícate á practicar las que escogieres. Pero no hasta esto: en habiendo escogido alguna virtud, alguna devocion particular para imitarla, implora por medio de alguna breve oracion (ninguna es mas eficaz que la del dia) la proteccion del santo ó de la santa que tomas por modelo. Este zelo es prueba de una voluntad sincera, y nunca queda sin fruto.

---

SAN ISIDORO, ARZOBISPO DE SEVILLA Y DOCTOR.

La ciudad de Sevilla y la de Cartagena han estado y están en una justa disputa sobre cual de las dos ha de hacer suya la dicha de haber sido patria del glorioso san Isidoro. A la verdad, las excelentes prendas de este santo prelado, sus grandes virtudes, su sabiduria portentosa, y el grande nombre que en todos tiempos ha tenido, le han hecho objeto de los deseos piadosos y de las ansias nobles con que cada ciudad le ha pretendido para su honra. Pero lo cierto es, que no se sabe hasta ahora en cual de las dos ciudades nació. Se sabe sí, que desterrados sus padres de Cartagena, habitaron en Sevilla, y que esta ciudad, aunque no tuviese la gloria de haber sido la cuna de san Isidoro, tuvo al menos la de haberle dado educa-

6.

cion y estudios, de haber admirado sus virtudes, de haberle tenido por prelado cerca de cuarenta años, y últimamente de haber sido honrada con su muerte y enriquecida con su sepulero. Este grande varon era hermano menor de san Leandro, san Fulgencio y santa Florentina. Sus padres eran descendientes de Romanos de una noble é ilustre familia, y á estas prendas apreciables juntaban una piedad sólida. Vióse esto en el cruel destierro que padecieron cuando Leovigildo, protector de los arrianos, comenzó á perseguir á los católicos, pues se vieron precisados á dejar su patria, su casa y sus amigos, sin mas delito que por seguir con teson la verdad del Evangelio. Se hallaban en estos trabajos cuando nació san Isidoro, y á poco tiempo quedó el niño huérfano: sus padres, oprimidos del peso de la persecucion, de las incomodidades de un destierro, y de los pesares producidos por la injusticia, perdieron la vida temporal para recibir las eternas recompensas.

Quedó Isidoro al cuidado de Leandro y Florentina, pues Fulgencio era tan jóven, que necesitaba mas de quien le dirigiese á él, que de encargarse de la tutela y direccion de un niño. San Leandro y santa Florentina estaban ya en edad proporcionada para darle educacion, y la confianza que de esto tenian sus padres les hiciera morir consolados. En efecto, santa Florentina cuidó con la ternura de madre de la crianza de san Isidoro; y Leandro hacia á un tiempo los officios de padre, de tutor y de maestro. Estimulaba su atencion el contemplar que Isidoro habia de ser un varon sumamente recomendable y provechoso para la Iglesia, segun daban á entender los prodigiosos anuncios que se habian visto en su infancia viviendo todavia sus padres. Uno de estos fuera, que habiéndole dejado en el jardin el ama que le criaba, para acudir á alguna ocupacion ó precepto de sus

amos, se advirtió que una multitud de abejas entraban en la boca del niño y salian de ella, formando un dulcísimo panal. Santa Florentina, que fué la primera en advertirlo, corrió á llamar á sus padres, hermanos y criados, para que viesen y admirasen un caso tan prodigioso. Al observarle con atencion, creció notablemente la admiracion de todos, viendo que las abejas que salian de la boca de Isidoro se remontaban tan altas, que perdiéndose de vista parecian esconderse en el cielo. Por todo esto conocieron que san Isidoro habia de ser muy sabio, y que en sus escritos habia de competir una sublime doctrina con una celestial dulzura.

En esta persuasion tomó san Leandro con tanto esmero la educacion y enseñanza de su hermano Isidoro, que procuraba su instruccion sin perdonar diligencia ni trabajo. No correspondia á este el suceso, porque Isidoro se manifestó en sus primeros años tan sumamente rudo, que obligó á su hermano á suplir con el castigo lo que juzgaba falta de aplicacion, ó tal vez desatencion á sus lecciones. Isidoro que veia los disgustos que le ocasionaba el estudio, se creyó incapaz de adelantar en las letras; y para evitar las reprehensiones y castigos de su hermano, abandonó la casa. Salióse de la ciudad de Sevilla, y caminó á la ventura; pero la Providencia, que guiaba sus pasos, le llevó á la orilla de un pozo, no lejos de la ciudad, donde se sentó á descansar del camino. El brocal era de piedra, y estaba como surcado del roce de la soga; y las canales de madera en que se echaba el agua tenian varias hendiduras. Miraba Isidoro esto, y no podia adivinar la causa, hasta que viniendo una mujer á sacar agua, se la explicó diciendo: que el continuado golpe del agua habia hecho las grietas ó hendiduras en las canales, y el continuado roce de la soga los hoyos de la piedra. Reflexionando Isidoro sobre

esta explicacion, hizo para sí este discurso: Si el agua y la sogá, sin embargo de ser unas materias tan blandas, hacen tanta impresion en la dureza del leño y de la piedra con la continuacion, luego no hay cosa que se resista á la firmeza y constancia de nuestras resoluciones. Este discurso fué como una inspiracion de Dios, para que conociese que con la aplicacion podria vencer las dificultades que hasta entonces habia tenido; y así se volvió á su casa con la firme resolucion de hacer cuanto le mandase su hermano. Este, como instruido en todas las ciencias sagradas y profanas, quiso que su hermano las aprendiese todas segun su capacidad. Como se aplicaba al estudio con mas gusto y aplicacion de lo que solia antes, comenzó á hacer tan notables progresos, que era ahora la facilidad tanta, cuanta habian sido primero la dificultad y la rudeza. Dedicóse á adquirir un profundo conocimiento de la lengua latina, averiguando todas sus propiedades, sus raices y derivaciones. Las lenguas santas no le merecieron menos atencion, considerándolas como una llave para entrar en el secreto de la divina sabiduría. Pero en lo que mas se aventajó, segun atestiguan san Braulio y san Ildefonso, fué en una elocuencia tan vencedora, y en una gracia en el decir tan llena de atractivos y dulzura, que sabios é ignorantes estaban igualmente gustosos pendientes de sus palabras.

A esta energía y facundia en el decir, añadía un profundo conocimiento de las materias filosóficas y sagradas, como lo manifiestan sus escritos. Aunque no se sabe de cierto cuales fuesen los empleos de su juventud, se dejan conocer de su precisa asistencia al lado de su hermano san Leandro, de quien dependia, de las operaciones y trabajos de este, y de las dignidades que ocupó. Sábese, pues, que san Leandro, deseoso de apartarse de aquel mar de desasosiegos en

el que viera naufragar á sus padres, se hizo religioso en un monasterio de Sevilla; pero que sobresaliendo en virtud y ciencia entre todos sus coetáneos, fué luego ensalzado á la prelacia de aquella ciudad. Sábese que combatiendo valerosamente la herejía arriana, mereció ser perseguido por el rey Leovigildo, acérrimo sectario y defensor de ella; y que habiendo á su persuasion abrazado abiertamente la religion católica el mismo hijo del rey, san Hermenegildo, y retirándose á Sevilla con su esposa Ingunda, huyendo de la crueldad y tirania de su padre, hizo el santo un penoso viaje á Constantinopla con el fin de obtener del emperador auxilios á favor del principe y de la Religion. Sabemos que, frustradas sus esperanzas, y corriendo tan adversa la fortuna para Hermenegildo, que, echado de Sevilla, fugado á Córdoba, y preso por su desapiadado padre, vino últimamente á perder el reino y la vida, nuestro santo arzobispo, á mas de ser participante de todas las amarguras que debia producir tan desastrada suerte, hubo de experimentar los golpes de la venganza del rey. Y aunque no espresa san Gregorio de Tours, quien nos dejó escrita su vida, qué género de trabajos padeció, sabemos que tuvo que vivir mucho tiempo desterrado; y el haber pedido á san Gregorio el Grande una exposicion del libro de Job, y haber condescendido á esta súplica el santo padre, dejan pensar cuales serian las persecuciones y miserias que padecería san Leandro, cuando necesitaba de la saludable medicina con que el sumo pastor de la Iglesia procuró suavizarselas y hacérselas llevaras, en el nombre de aquel Dios á quien el santo Job bendecía humildemente en medio de sus trabajos. Pues, en todas estas grandes obras de san Leandro, y en todos los cuidados de su pastoral oficio, debemos suponer que tuvo gran parte su hermano san Isidoro. Desde niño le habia tenido en lugar de padre,

y á san Leandro debia su educacion y todos sus estudios : no hay que dudar que en su compañía ejercitara la rigurosa disciplina del monasterio y todas las virtudes austeras propias del estado religioso; que participaria igualmente de todas las adversidades y trabajos del destierro; y en una palabra, que san Isidoro, en los años últimos de la vida de su hermano, seria un cooperador suyo, que le ayudase á llevar las pesadas y sublimes cargas de prelado, de pastor, de maestro y de sacerdote. Aunque los escritores antiguos de su vida guardan, segun dijimos, un profundo silencio sobre todas sus acciones hasta el punto en que fué colocado en la cátedra de Sevilla, la razon y buen juicio exigen que á las reflexiones hechas se les dé alguna mas fe y autoridad que á las de una conjetura. Como quiera que sea, san Isidoro llegó á tener tanta fama y concepto por sus virtudes y sabiduría, que habiendo sido Dios servido de llevarse para sí al santo arzobispo san Leandro, por los años del Señor de 599, fué elegido para sucederle en aquella grande prelacia por unánime consentimiento del clero y del pueblo. Todos conocian que nadie era capaz de llenar el hueco que habia dejado san Leandro, prelado tan respetable por todas sus circunstancias, sino su hermano san Isidoro, en quien advertian una santa inocencia de costumbres, junta con una sabiduría celestial. Colocado en la cima de tan sublime dignidad, comenzó á esparcir resplandores á manera de un sol luciente que alumbra y vivifica á todos con la brillantez de sus luces. Su fama se extendió con tanta rapidez, no solamente en su diócesis, sino por toda España, que de toda ella concurrían á recibir sus instrucciones, y á participar de su admirable sabiduría. Competia con esta su prudencia, su castidad, su constancia, su justicia y su modestia. Todas las virtudes de un obispo, todas las cualidades de un padre,

y todas las prendas de un maestro se hallaban como en su centro en san Isidoro. No habia ejercicio de caridad, ni obra piadosa en que no tuviese parte. En todo lugar, á toda hora traía su corazon empleado en aquella santa devocion, cuya regla primera y única, segun san Pablo, es la caridad; pero principalmente sentia un indecible consuelo en la consideracion de la pasion de Jesucristo.

Intentando imitar á este divino Maestro, de tal manera arreglaba sus acciones, que cuanto tenian de ásperas y severas para su persona, otro tanto tenian de dulces y agradables para sus súbditos. Tenia siempre presente aquella sentencia de san Agustin, que aconseja al prelado, *que solicite mas bien ser amado por la blandura de su trato, que temido por el rigor de sus correcciones*. Asi san Isidoro procuraba ejercitar con sus súbditos mas bien el oficio de padre, que el oficio de superior. Ocupábase continuamente en la leccion y meditacion de las santas escrituras; y para disponer el espiritu á su inteligencia, le purificaba con el ayuno, y le encendia con la oracion. Su mesa, además de ser templada y parca, no se abastecia sino de manjares ordinarios, poco distintos de los que pudiera usar un mero religioso. Pero al paso que consigo mismo usaba de una escasez que excedia los términos de una moderada templanza, era para los demás sumamente generoso, y frecuentemente profuso. La encendida caridad que abrasaba su corazon, le hacia mirar á sus prójimos como á hermanos, como á hijos, y con todos los títulos y respetos capaces de excitar la ternura. Por esta causa hacia suyas todas sus penas ó alegrías; y habia hecho en sí una naturaleza de alegrarse con los que se alegraban, llorar con los que se afligian, y socorrer con largas limosnas á los que veia con alguna necesidad ó miseria. Pero en medio de la diversidad de afectos de que

era poseido su corazón, según lo exigía la suerte próspera ó adversa de sus súbditos, mantenía siempre un semblante alegre y risueño, con el cual mitigaba las penas á los afligidos, y aumentaba la alegría en los venturosos.

Entre los objetos que mas arrebataron su pastoral atención, fué uno el cuidado de la educación de los jóvenes que se habían de consagrar al ministerio del altar; y tanto para examinar su vocación, como para que pudiesen adquirir los conocimientos y ciencia necesaria, les fundó fuera de Sevilla un magnífico colegio, donde vivían retirados del bullicio y resguardados de los peligros del mundo, siendo esta la primera idea de los seminarios conciliares. En este colegio, verdadero semillero de ciencia y de virtud, se formaron aquellos varones consumados de que tanto necesitaba la Iglesia para contrastar la herejía arriana. En él aprendieron las ciencias san Ildefonso, arzobispo de Toledo, y san Braulio, obispo de Zaragoza, uno y otro de los mas santos y sabios obispos que ha tenido España, y aun toda la universal Iglesia. Tan admirables efectos era capaz de producir la celestial prudencia y activo zelo con que san Isidoro cuidaba de abastecer su colegio de todos los medios necesarios para hacerle útil á la Iglesia y al Estado. Sabía que la raíz de la relajación que se advertía en todas las clases del clero, consistía en la ignorancia de las letras sagradas; y que esta misma ignorancia en los fieles, hacía que se dejasen persuadir fácilmente de la herejía, no sabiendo como responder á sus sofismas. La misma ignorancia de las sagradas escrituras, dice el Cerratense, era el origen de la corrupción de costumbres que se advertía en los clérigos y en los religiosos, y la que fomentaba el partido de los arrianos. Para oponer un muro fuerte á todos estos males, fundó aquel colegio. Como el santo

no podía enseñar en todas las clases, ni sus cuidados pastorales le permitían ejercitar muchas veces el magisterio, hacía exquisitas diligencias para averiguar en donde estaban los maestros de mayor sabiduría y virtud; y hallados, los traía á su colegio á fuerza de ruegos y con el atractivo de grandes recompensas. De esta manera logró llenar á España de aquellos grandes hombres que formaron su verdadero siglo de oro.

El zelo pastoral de nuestro santo no se contenía en los estrechos límites de su colegio de Sevilla: atendía á la educación y buen régimen de los monasterios, cuidando de que la juventud fuese instruida en la sana doctrina y en las ciencias provechosas para el servicio y esplendor de la Iglesia. Ponia en esto tanta eficacia, que no contento con excitar á los prelados con santas amonestaciones y con su ejemplo, usaba del artificio piadoso de regalar á los jóvenes religiosos, dándoles libros, y otras veces dineros con que pudiesen subvenir á sus pequeñas necesidades. Los conventos de vírgenes los miraba como jardines amenos en que el Esposo celestial tiene todas sus delicias. Velaba sobre su recogimiento, promovía su observancia, cuidaba de su manutención y de sus intereses.

Su caridad y su zelo se extendieron también á toda la Península: quiso predicar en ella la palabra de Dios de una manera apostólica peregrinando de ciudad en ciudad, y edificó muchos y hermosos monasterios. En el año de 610 vino á Toledo con su hermano san Fulgencio y otros varios obispos, y fué el primero á suscribir el famoso decreto del rey Gundemaro, en el que se reconocía á la iglesia de Toledo por metrópoli de toda la provincia cartagmense. Para reformar los abusos que se habían introducido en la disciplina eclesiástica, y asimismo para afirmar el dogma, dispuso un concilio provincial, que se tuvo en Sevilla en el año de 619. En él se ve una muestra del zelo de

este santo prelado y de su grande sabiduría. Había venido en aquel tiempo á Sevilla un Siro, que decia ser obispo, al cual san Braulio le da el nombre de Gregorio. Este tal negaba dos naturalezas en Cristo terminadas por una sola personalidad, creyendo además que la divinidad era pasible. Contra este engaño obispo disputó san Isidoro públicamente, oponiéndole tantas y tan sólidas razones, deducidas de las Escrituras y de los padres, que el miserable competidor tuvo que darse por vencido, confesando verdadera la doctrina que san Isidoro defendia. Pero los títulos penúltimo y último del concilio segundo de Sevilla son los testimonios mas auténticos de su zelo pastoral y de su grande sabiduría y prudencia. San Braulio, en la primera carta á san Isidoro, hace mencion de otro sínodo, y de un tal Sinthario, que en él fué condenado; pero de este hecho no tenemos mas noticia que la que resulta de esta carta. No sucede así con el concilio cuarto de Toledo, el cual presidió el santo como mas antiguo en el año de 633. En este concilio manifestó la grande autoridad que le habian granjeado sus muchos años, su grande sabiduría y sus continuados trabajos en beneficio de la Iglesia. Se cree que así como el concilio tercero de Toledo fué dispuesto por san Leandro, así tambien el concilio cuarto lo fué por san Isidoro; porque en presencia de este prelado ¿quién seria el que tuviese aliento para intentar sobresalir en aquellas sublimes cualidades de ciencia, prudencia y virtud necesarias para la direccion de un concilio? Sin embargo, se sabe que el santo estaba sumamente débil de fuerzas y quebrantado de salud; y como por esta razon suplicó á san Braulio que viesse y corrigiese el libro de las Etimologías, se conjetura tambien que este santo tuvo mucha parte en la formacion de los cánones y decretos de aquel concilio.

Como quiera que sea, san Isidoro llegó á un estado de gloria y de fama en toda la Iglesia, que su nombre bastaba para dar autoridad á cualquiera asamblea. Los multiplicados escritos que habian salido de su fecunda pluma, habian extendido su opinion por toda la tierra. En ellos veian un hombre consumado en las ciencias sagradas y profanas, sin que á su vasta comprension se negasen las flores de las letras humanas, y los adornos de la erudicion. La Coleccion de cánones antiguos y legitimos, el prefacio que la precede, el Tratado de varones ilustres, y otras varias obras, cuyo catálogo puede verse en el libro quinto de la Biblioteca de D. Nicolás Antonio, prueban que la sabiduría y extension de conocimientos de este santo prelado fueron proporcionadas á su heroica santidad. Con uno y otro ilustró la iglesia de España, y se labró unos merecimientos tan grandes, que era justo fuese ya á gozar de las eternas recompensas que le eran debidas. Conoció el mismo santo que se llegaba ya el fin de sus dias y el término dichoso de sus gloriosas tareas. Dispúsose para él doblando sus ejercicios piadosos, y repartiendo mas cuantiosas limosnas á los pobres. En esto fué tal su esmero, que en el espacio de mas de seis meses anteriores á su dichoso tránsito, comenzaba este caritativo ejercicio al salir el sol, y no lo interrumpia hasta la noche, sino el tiempo necesario para reparar sus fuerzas con un moderado alimento. Viendo que le iban faltando las fuerzas, y que se acercaba por momentos la última hora, á causa de que una calentura continua iba poco á poco acabando su vida, mandó llamar á los dos obispos sufragáneos suyos, para hacer en su presencia la ceremonia de la penitencia, segun la costumbre de aquel tiempo. Llegados que fueron Juan y Epacio, mandó que le llevasen desde su celda á la basilica de san Vicente Mártir. Esta traslacion fué

solemnizada con un piadoso é innumerable concurso que acudió de todas partes á ver á su prelado y recibir sus últimas amonestaciones. Los pobres concurrían en tropas, abatidos los semblantes y los ojos cubiertos de lágrimas, manifestando su dolor con gemidos y voces lastimeras. Los clérigos, los religiosos y todas las gentes, tanto nobles como plebeyas de Sevilla, llenaron la catedral, en donde no se oía mas que los gemidos y sollozos con que manifestaban su pena por la próxima falta de su pastor y de su padre. Los ojos mas indiferentes estaban anegados en llanto, y los pechos mas duros se deshacían en amargura. Llegado á la iglesia, mandó que le pusiesen junto al cancel del altar, y que hiciesen salir á las mujeres, para recibir la penitencia en presencia solamente de los hombres. En este estado recibió el cilicio de mano de uno de los dos obispos, y pidió al otro que le cubriese de ceniza; y levantando las manos al cielo, hizo su confesion de esta manera: « Vos, Dios mio, que conoceis los secretos de los humanos corazones, y os dignasteis perdonar los pecados á aquel publicano que hiriendo su pecho los confesaba contrito; Vos, Señor, que os dignasteis resucitar á Lázaro despues de cuatro dias muerto y corrompido, colocándole en el seno del patriarca Abraham, recibid, Señor, en esta hora mi confesion, y apartad vuestros ojos de los innumerales pecados que contra vos he cometido; ni os acordeis de los delitos de mi juventud. Vos, Dios mio, no establecisteis la penitencia para los justos que nunca os ofendieron, sino para mí que soy pecador, y os ofendí mas veces que arenas tiene el mar. Vos, Señor, sabeis que desde el punto que subí á la prelacia de esta santa iglesia, no por mis méritos, sino por vuestra misericordia, y tuve sobre mis hombros esta dignidad, que es mas antes carga que honor, no he dejado de pecar, antes bier cenozco

que me he afanado en multiplicar mis faltas. Pero vos, Señor, dijisteis que en cualquiera tiempo que el pecador se convirtiera de sus errados caminos, entregaríaís al olvido todos sus pecados. Por tanto, teniendo presente vuestro precepto, clamo á vos, Señor, con toda confianza, sin embargo que no soy digno de levantar los ojos al cielo por la multitud de mis pecados. Recibid esta humilde oracion mia, y conceded á un pecador el perdon que os pide, porque si los cielos no están limpios en vuestra presencia, ¡cuánto menos lo estaré yo que he bebido las iniquidades como si fuesen agua! »

Habiendo concluido esta devotísima y tierna oracion, que aumentó el dolor y las lágrimas de todos los concurrentes, recibió de mano de los obispos el cuerpo y sangre de Jesucristo, testificando con profundos gemidos de su corazon su indignidad y las inauditas misericordias del Señor. Despues pidió perdon á todos los circunstantes, diciendo: « Ruégoos, ó sacerdotes de mi Dios, y á vosotros, ó congregacion del clero y pueblo, que dirijais al Señor vuestras oraciones por este infeliz pecador, que ya que no es digno por sus méritos de alcanzar perdon de Dios, logre por vuestra intercesion los efectos de la divina misericordia; perdonadme, aunque no lo merezco, todo aquello en que os haya ofendido, si acaso he despreciado á alguno por odio, si le he apartado de la union de caridad con corazon impio, si acaso he perjudicado á alguno con algun consejo, ó le he hecho daño llevado de la ira; perdonadme, pues en este instante os pido misericordia, y me arrepiento de mis delitos. » A estas voces correspondieron todos los circunstantes pidiendo á Dios con grandes gemidos que le perdonase; y habiendo el santo perdonado tambien las deudas pecuniarias que algunos le debian, habló estas palabras: « Vosotros, santos

obispos de mi Dios, y todos cuantos estais presentes, os ruego y pido que guardéis mutuamente la mas fervorosa caridad, no volviendo mal por mal; no queráis ser chismosos en el pueblo, para que así, ni el enemigo antiguo encuentre en vosotros que castigar, ni el lobo rapaz en quien ensangrentar sus garras; sino antes bien el divino Pastor os ponga alegremente sobre sus hombros para conduciros á su rebaño. »

Habiendo hecho esta devotísima confesion, mandó distribuir entre los pobres todo el dinero que le habia quedado, y solicitó entre tanto que todos los circunstantes le diesen el ósculo de paz. Mientras se hacia esta ceremonia decia á los circunstantes: « Si me perdonais de todo corazon todo aquello en que hasta ahora os he ofendido, tambien el omnipotente Criador os perdonará todos vuestros delitos, de tal manera, que el agua sagrada que ha de recibir hoy el pueblo, os sirva para remision de vuestros pecados, y este ósculo de paz sea un testimonio eterno de nuestra reconciliacion. » Concluidas estas venerables y augustas ceremonias, le volvieron á llevar á su habitacion, en donde, á los cuatro dias despues de haber recibido la penitencia, murió santamente como habia vivido. Sucedió su tránsito el día 4 de abril del año 636, habiendo gobernado la cátedra de Sevilla por espacio de cerca de cuarenta años con rectitud, integridad, zelo y todas las virtudes que hacen grande y recomendable á un obispo. Apenas murió, recibió aun de los hombres el justo premio de los aplausos; porque no solamente san Braulio y san Ildefonso hicieron su elogio aclamándole sabio y santo, sino que el concilio octavo nacional, celebrado en Toledo diez y siete años despues de su muerte, no dudó proclamarle con los sobrenombres mas distinguidos. *Doctor egregio de nuestro siglo; nuevo honor de la Iglesia católica; posterior en edad á los demás doctores, pero*

*nada inferior en la doctrina; el mas sabio que produjeron los últimos siglos, y cuyo nombre debe pronunciarse con reverencia*: tales fueron los elogios con que le condecoraron los padres de aquel concilio. Imitaronlos en los siglos posteriores Isidoro Pacense, Elipando, el papa Leon IV y todos cuantos llegaron á tener conocimiento de lo sublime de su santidad y de la vasta extension de su doctrina. Su cuerpo fué sepultado en Sevilla, donde permaneció hasta el reinado de Fernando el Grande, primero de Castilla. Este rey, tan guerrero como piadoso, quiso enriquecer la corte de Leon con algunas sagradas reliquias. Para este efecto, habiendo tratado primero con el rey moro de Sevilla Benavet que le concediese el cuerpo de la virgen y mártir santa Justa, envió al obispo de Leon Alvito, acompañado de Ordoño, obispo de Astorga, y del conde Munio, con una buena partida de soldados. Propuesta su embajada, é ignorando todos el sitio donde descansaban las reliquias de la santa mártir, se aplicaron á la oracion: de ella resultó que san Isidoro se apareció al venerable Alvito, le indicó el lugar donde descansaba su cuerpo, y le insinuó que hiciese su traslacion, la cual se verificó con gran pompa, magnificencia y repetidos milagros, en el año de 1063; por todo lo cual sea Dios bendito. Amén.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Sevilla en España, san Isidoro, obispo, esclarecido en santidad y doctrina, que ilustró su patria con su zelo por la fe católica y la observancia de la disciplina eclesiástica.

En Tesalónica, los santos mártires Agatópode, diácono, y Teódulo lector, quienes, por haber confesado la fe cristiana en tiempo del emperador Maximiano y del presidente Faustino, fueron arrojados al mar con una piedra al cuello.



En Milan, san Ambrosio, obispo y confesor, el cual, en tiempo en que dominaba la herejía arriana, por un efecto milagroso de su doctrina y celo convirtió casi toda la Italia á la fe católica.

En Constantinopla, san Platon, solitario, que con ánimo invencible combatió por muchos años contra los herejes iconoclastas.

En Palestina, san Zósimo, anacoreta, el cual enterró el cuerpo de santa María Egipciaca.

En Palermo en Sicilia, san Benito de San Filadelfio, llamado el Negro, del orden de los hermanos menores de la estrecha observancia, ilustre por sus virtudes y milagros; murió el dia cinco de abril, y fué canonizado por el papa Pio VII.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.*

Deus, qui populo tuo æternæ salutis beatum Isidorum ministrum tribuisti : præsta, quæsumus, ut quem doctorem vitæ habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in cælis. Per Dominum...

*La epistola es del capitulo 4 de la segunda del apóstol san Pablo á Timotéo.*

Charissime: Testificor coram Deo et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius, et regnum ejus: prædica verbum, insta opportune, importune: argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cum sanam doctrinam

O Dios, que diste á tu pueblo al bienaventurado Isidoro por ministro de la salud eterna: concédenos que tengamos por intercesor en los cielos á quien en la tierra tuvimos por maestro de la vida. Por nuestro Señor...

Carísimo: Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos, en su venida y en su reino, que prediques la palabra, que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amonestes con toda paciencia y doctrina. Porque

non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die, justus judex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina, antes bien juntarán muchos maestros conforme á sus deseos, que les halaguen el oído; y no querrán oír la verdad, y le aplicarán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, como justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

#### REFLEXIONES.

La verdadera doctrina del Evangelio ha padecido en todos tiempos la contradicción de las pasiones humanas; estas, como producidas de una raíz viciosa y contraria á la ley del espíritu, no pueden sufrir la moderación y freno que les impone la doctrina evangélica. Por tanto, se esfuerzan á sacudir el yugo á manera de bestias feroces, que atadas á la cadena solicitan su libertad. Conociendo esto, san Pablo encarga á su discípulo Timotéo que predique la palabra, que inste á tiempo y fuera de tiempo, que reprenda, suplique y amoneste con toda paciencia y doctrina. El glorioso arzobispo de Sevilla san Isidoro cumplió exactamente estas obligaciones; y no solo esto, sino que dejando escritas obras utilísimas, proveyó en cierta manera de remedio á las necesidades de todos los tiempos. Pero nosotros leemos muy poco estas